

*Los pueblos dormidos* es un libro de fotografía que pretende dar voz a los antiguos vecinos de las localidades que en él se retratan. No solo existen ruinas y paisajes decadentes: una parte de estos pueblos también la forman los recuerdos de quienes los habitaron. Por ello, hemos querido dejar hablar, empleando una y mil veces las comillas, a sus protagonistas, para que sean ellos quienes nos cuenten su propia historia.

La imagen de los siete despoblados que recoge esta publicación no siempre se corresponde con la interpretación más sencilla, ya que el paso del tiempo no ha sido el único culpable de su estado actual. Por ello es importante mostrar por qué fueron deshabitados.

No nos encontramos ante un libro de Historia, pero para comprender las

palabras de quienes la vivieron ha sido imprescindible situarlas en el contexto histórico que les correspondía. Para no agotar al lector se ha prescindido de aparato crítico, y a quien quiera profundizar en las historias aquí brevemente esbozadas se le recomienda consultar publicaciones tan exhaustivas como *Já-novas: víctimas de un pantano de papel*, de Marisancho Menjón, *El Viejo Belchite. La agonía de un pueblo*, de Jaime Cinca, Guillermo Allanegui y Ángel P. Archilla, u otras de las que han sido reflejadas en la bibliografía.

Desde su nacimiento, este proyecto se planteó como un homenaje a los despoblados aragoneses, a sus antiguos habitantes y a sus futuros moradores. Su objetivo es dar a conocer la existencia de algunos de estos municipios y revalorizar la de otros, ayudando a difundir las causas por las que Aragón ha experimentado un intenso proceso de despoblación a lo largo de todo el siglo xx.

Del mismo modo se pretende mostrar el empeño existente entre muchos de sus antiguos habitantes por recuperar sus localidades de origen, así como la dureza de un futuro que, si no se logra evitar, puede afectar a otros muchos pueblos aragoneses que están a punto de desaparecer.



A lo largo de más sesenta años, en Aragón el látigo de la despoblación ha azotado con dureza a muchos de sus municipios. Pero el vínculo existente entre los antiguos habitantes y sus localidades de origen nunca ha desaparecido, y



aunque algunos hayan preferido no mirar atrás, a otros tantos les cuesta olvidar lo que allí vivieron. Son muchos pueblos los que permanecen dormidos, a la espera, localidades que como reivindican sus habitantes nunca han sido abandonadas, y que todavía hoy están luchando por despertar.

Un pueblo son sus edificios, sus calles, sus plazas, pero a través de los testimonios y fotografías que se presentan a continuación, es sencillo comprender que son las personas y sus recuerdos quienes convierten a una estructura inerte en una comunidad. A muchos de los entrevistados les cuesta seleccionar un lugar favorito en su localidad, pero no dudan a la hora de recordar los buenos y malos momentos que vivieron en ella. La añoranza y el arraigo entremezclan un pasado propio y la unión a la tierra que trabajaron sus antepasados. Tanto sudor, tanto esfuerzo, tanto sufrimiento por labrar unos campos que al final quedarán olvidados. Para algunos la agricultura y la ganadería han continuado siendo su modo de vida, y para otros ha sido el único nexo de unión que han mantenido con aquello que un día tuvieron que dejar atrás.

Esto no ha minimizado el dolor y el esfuerzo que significa marchar de un

hogar. El éxodo rural que se vivió durante los años sesenta en España, no solo afectó a aquellas poblaciones que se deshabitaron por completo, las historias de familias que dejaron una vida en el campo para trasladarse a la gran ciudad son infinitas. Aunque su dureza jamás quedará en entredicho, muchos todavía hoy conservan su casa y sobre todo la posibilidad de volver a un sitio que todavía existe. Sin embargo, quien salió de un pueblo sin habitantes, difícilmente pudo ya dar marcha atrás.

Algunos de estos despoblados aragoneses hoy en día están en manos de las administraciones públicas, principalmente a través de la compra que realizó el ICONA para destinar algunos de los municipios de los valles pirenaicos a la repoblación forestal; otros fueron expropiados por empresas para construir diversas infraestructuras, y algunos acabaron siendo cedidos a asociaciones con fines sociales o a sindicatos. Gran parte de estos pueblos fueron deshabitados como consecuencia del aislamiento, de la falta de recursos ante modernización agraria, de la inexistencia de servicios y de oportunidades, o simplemente por la conjunción de todas estas causas.

Del mismo modo que los motivos que propiciaron la despoblación, las cir-

cunstancias en las que cada vecino acogió su marcha fueron muy diversas, algunas familias salieron con lo puesto y otras pudieron planificar su éxodo con antelación. Sin embargo, existe un sentimiento común entre los que se fueron: resignación; una palabra que para quienes fueron expulsados se transforma fácilmente en indignación. Los términos "saqueo", "escachado" y "soledad" también son tres constantes en las conversaciones, y mientras los dos primeros son negativos, la soledad, convertida en compañera, en muchas ocasiones sigue siendo recordada con nostalgia. Y es que la imagen, mejor o peor, que nuestros protagonistas mantienen del pueblo que les vio nacer, suele estar directamente relacionada con los recuerdos de la época que les tocó vivir, casi siempre logrando dejar a un lado los malos momentos. Algunos tienen muy claro que van a volver, otros lo ven ya muy lejano, y la mayoría se han obligado a acostumbrarse a vivir donde residen actualmente.

Todo comienza y acaba, las personas, las sociedades, y las ciudades y pueblos que las componen; no en vano, muchas se han superpuesto, trasladado a sus inmediaciones, o simplemente desaparecido. Quizás para muchos la despoblación constituye una parte del ciclo natural inherente al desarrollo. Sin

embargo, es todo lo contrario, hoy en día es la evidencia más clara de la falta de oportunidades. El patrimonio cultural de un pueblo vivo crece, se retroalimenta y se mantiene, pero la memoria de los pueblos deshabitados ya sólo se puede recuperar a base de archivos y recuerdos.

Pero no podemos olvidar que, hoy y ahora, la despoblación se está produciendo en muchos lugares todavía vivos. En localidades que, marcadas por un progresivo envejecimiento de su población, sobreviven con tan solo un par de habitantes, pero también en municipios cuyos barrios más antiguos permanecen semiabandonados y degradados por el paso del tiempo, malviviendo ante la indiferencia y/o la falta de recursos de las administraciones. Incluso muchas ciudades ven cómo sus cascos históricos agonizan frente a la creación de nueva vivienda en el extrarradio. En tan solo medio siglo la fractura entre la forma de vida tradicional y el desarrollo actual ha sido brutal, pero no debemos permitir que se convierta en algo insalvable. No se trata de renunciar al futuro, tan solo de no maltratar al pasado.

"Ahora vosotros haréis una historia de lo que yo he contado, y de la mitad de las cosas, ¿pero historia para quién?" (Joaquín Carbó, masovero).